

Experiencias nacionales de políticas universitarias. El caso ecuatoriano

JOSE MONCADA S.*

Desarrollo del capitalismo y universidad

El desarrollo del tema exige referirse de manera inevitable, aunque sea en términos generales, a los rasgos más salientes de la evolución socio-económica del país. En tal dirección, constituye una afirmación corriente sostener que, durante los últimos 20 ó 25 años —etapa visible o biográfica como la llamaría Varsavsky—¹ el Ecuador experimentó los cambios más significativos de toda su historia. Cambios en el crecimiento y la conformación demográfica, cambios en la estructura productiva, cambios en el ordenamiento espacial, político, social; cambios en la constelación científico-técnica y que no son otros que los derivados de la rápida y difundida afirmación en la estructura socio-económica del país, del modo de producción capitalista.

No significa lo anterior que antes de 1960 la economía ecuatoriana era pura y exclusivamente feudal, no, pues el capitalismo —en su forma mercantil-colonial— empezó a abrirse paso en el país desde el inicio mismo de la conquista española.

Sin embargo, es a partir de 1960 o más propiamente a partir de la segunda mitad de la década de los sesentas, cuando en el Ecuador

* Economista, Rector de la Universidad Central del Ecuador.

1 Oscar Varsavsky: *Marco histórico constructivo*, Centro Editorial de América Latina, Buenos Aires 1975, pág. 235.

se produce el más rápido desarrollo capitalista y de integración de su economía al mercado mundial, ya no solamente a través de una ampliación de las relaciones comerciales, sino mediante el establecimiento y afirmación de una compleja y variada red de mecanismos tecnológicos, productivos, financieros, culturales, políticos.

A partir de esos años se acelera la industrialización se empiezan a modernizar ramas importantes de la agricultura, se expande considerablemente el comercio exterior, se amplían las comunicaciones, las carreteras, el parque automotor, aparece el petróleo, se estrecha la vinculación con otros países, se concentra más población en las ciudades, empiezan a florecer los bancos y el capital financiero, se desintegran ciertas formas de servidumbre y de relaciones precarias de tenencia de la tierra, se alienta el ingreso avasallante y masivo de capital extranjero. En otras palabras, a partir de la segunda mitad de la década de los sesentas, se produce un significativo cambio de grado en la formación social ecuatoriana. Las relaciones capitalistas de producción pasan a ser dominantes en cuanto se generaliza la propiedad privada y el uso del dinero. Cobra impulso la utilización del trabajador asalariado en las ciudades y en el campo; se configura un mercado interno, se descomponen más aceleradamente que nunca ciertas formas precapitalistas de producción, se desarrollan de manera notable los instrumentos de trabajo, se empieza a configurar una estructura social bastante heterogénea, a pesar de lo cual emergen con bastante claridad la burguesía y el proletariado, como clases sociales básicas y antagónicas de la actual conformación social.

Pero el carácter específico del desarrollo del capitalismo en el Ecuador, reside entre otros, en que las modalidades de acumulación no son cuantiosas ni homogéneas. Son más bien débiles, inestables, irregulares, dispersas, lo cual ha impedido un fuerte, sostenido, como equilibrado crecimiento económico y la conformación de un sólido mercado interno.

A partir de este hecho, es importante también reconocer en la estructura de clases del país, la presencia de una capa media numerosa que, asociada inicialmente a la clase propietaria de los medios de producción y a la expansión estatal producto en gran medida de la explotación petrolera, fue paulatinamente desvinculándose después; cuando y como resultado de inevitable proceso de monopolización y la crisis, esta capa media se encaminó hacia su irreme-

diabla debilitamiento y proletarización, aunque como es natural, no para todos sus componentes, porque algunos pequeños y medianos propietarios, profesionales y técnicos, encuentran en la crisis la ocasión para ubicarse a la sombra de ese capital monopolista.

Al cabo de todo este proceso de evolución económico-social, a cuya complejidad no podremos referirnos en este acto, hoy vivimos un Ecuador bastante distinto del de apenas dos o tres décadas. Hoy somos un país con cerca de 9 millones de habitantes, alrededor del doble de lo que eramos hace 20 años. Hoy el Ecuador se encuentra más y mejor comunicado: carreteras, aeropuertos, teléfonos, comunicaciones entrelazan a casi todas sus regiones. Hoy la economía ecuatoriana es mucho más grande, diversificada y compleja. Actualmente en el Ecuador opera el capital extranjero en casi todos los sectores de la actividad económica. Hoy existe una población trabajadora mucho más numerosa, buena parte de ella organizada y conciente de su importancia en el proceso productivo del país. Hoy existen numerosos avances científicos y técnicos que son verdaderamente asombrosos y forman parte de nuestro acervo industrial.

Es en el marco de las condiciones descritas en que corresponde examinar el desenvolvimiento de la universidad ecuatoriana, pues, los años de afirmación de las relaciones de producción capitalista en el Ecuador, de ese capitalismo híbrido, específico, irregular, impactaron en la universidad. Así, en el marco de estructuras sociales conflictuales, reducidos grupos nacionales dueños de un amplio poder, buscaron afirmar una universidad favorable a lo que Darcy Ribeiro² denomina la modernización refleja, esto es, un proceso destinado a consolidar y racionalizar su dominación y una mayor difusión de las relaciones de producción capitalista, a través de ejecutar un proceso contradictorio que comprendía el estímulo a la instalación y desarrollo de universidades particulares y de otros institutos de enseñanza de nivel superior; la restricción presupuestaria a las universidades estatales; la generación de trabas burocráticas y la clausura de otras, como sucedió en la década de

2 Darcy Ribeiro: *Política de Desarrollo Autónomo de la Universidad Latinoamericana*. Documentos. Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad Central del Ecuador.

los sesentas. En suma, lo que se perseguía era alcanzar que la universidad, desde el punto de vista de su función técnico-profesional, formara los técnicos necesarios para el desarrollo del capitalismo y la organización del poder estatal.

Naturalmente que el proceso destinado a conformar una universidad funcional al desarrollo del capitalismo no fue un proceso mecánico ni lineal; pues, los empeños por ir reeducando a las universidades a las condiciones que exigía el desarrollo del sistema, se convirtieron en un proceso complejo donde los afanes modernizadores frecuentemente chocaron con la oposición de grupos portadores de un pensamiento distinto y que se proponían, desde las aulas, orientar y contribuir a la búsqueda de una auténtica cultura nacional, antiimperialista, democrática, de apoyo a la clase obrera y a los trabajadores. Pero, así mismo, sería engañoso no reconocer que aún entre los universitarios habían muchos adherentes a la opción modernizadora.

Mas, lo cierto es que producto de todos los elementos citados, las universidades ecuatorianas fueron trasmutándose, aunque como es lógico entenderlo, no todas lo hicieron a un mismo tiempo y con el mismo ritmo. Poco a poco las universidades ecuatorianas fueron desprendiéndose de aquellos rasgos aristocratizantes teñidos de escolasticismo, como corriente filosófica que más se ajustaba a la imagen del mundo y del país que tenían las clases dominantes tradicionales del Ecuador. Poco a poco nuestras universidades fueron abrazando un cierto tecnocratismo modernizador, a través de la reformulación de planes de estudio, la reestructuración y creación de nuevas facultades, institutos y escuelas; la introducción del utilitarismo, el pragmatismo, la penetración del pensamiento keynesiano y cepalino como soportes ideológicos de un proyecto industrializador y de la afirmación de las relaciones capitalistas de producción que, a partir especialmente de la segunda mitad de la década de los sesentas, fue mucho más visible e intensa en el país.

Ciertamente que, al impulso de una serie de tentativas de reforma, fue posible también introducir en los currícula de las diferentes facultades, algunas materias que hasta entonces no figuraban. Nos referimos a materialismo histórico y dialéctico, métodos y técnicas de investigación, economía política, formaciones económico-sociales. Todo esto constituyó un avance; sin embargo, en cuanto en muchos casos se trataba de materias cuya ubicación en el pensum figuraba en una forma más bien desvinculada y superpues-

ta, impartidas de manera academizante, sin suficiente contenido analítico y frecuentemente alejadas de la realidad nacional que se buscaba explicar, poco a poco fueron perdiendo novedad y apreciadas por el estudiante como materias de relleno, generalmente inútiles y a las cuales había que otorgarles una importancia secundaria y parcial. A todo esto pudo haber contribuido —naturalmente con las honrosas excepciones que todo hecho o proceso ofrece y genera— una actitud docente de sacralización y de respeto servil a un marxismo de corte cosmopolita, lo cual impidió ejercer lo que el propio marxismo postula; la independencia de criterio, la autonomía espiritual (en sentido materialista y no místico ni religioso), la insurgencia ante las conquistas intelectuales, la presencia de un marxismo vivo, genuino, nutrido de las especialidades latinoamericanas y ecuatorianas.

Para que nadie se llame a engaños, deseamos dejar perfectamente aclarado que al plantear lo anterior, no estamos sosteniendo la necesidad de eliminar del pensum a materias como las anteriormente citadas, tampoco negando el valor de la dialéctica marxista ni mucho menos pretendiendo reemplazarla ni exaltar a la lógica formal. Lo que criticamos es la forma como han venido desarrollándose el materialismo histórico y dialéctico, problemas del mundo contemporáneo y del Ecuador, métodos y técnicas de investigación. Es el método el que tiene que reverse y no la inclusión del nombre de determinadas materias en el pensum de estudios de las diferentes facultades de la universidad.

Pero siguiendo con el examen del proceso histórico de conformación de la sociedad ecuatoriana y de la universidad, no se puede negar que en él también surgieron otras tendencias que, hasta animadas de buenos propósitos, en unos casos, o portando intereses inconfesables en otros, pregonaban que la revolución debía empezar por la universidad, de lo cual se valieron para pretender convertirla en el espacio para difundir sus consignas partidarias o como botón presupuestario. Nada raro resultó constatar, como corolarios de estas tendencias, el surgimiento de posiciones ultrarradicales y de "motines espontáneos", la sustentación de planteamientos poco rigurosos de análisis tanto de la realidad nacional como del imperialismo; la carencia de una visión estratégica de encauzamiento de las transformaciones revolucionarias de nuestro y de otros países del mundo y, sobre todo, la adopción de posiciones dogmáticas y voluntaristas respecto a las posibilidades ilimitadas del Estado frente a la universidad. Creo no equivo-

carme al sostener que los grupos sociales dominantes más tradicionales y oscuros del Ecuador, miraban complacidos una universidad de esas características; pues, se trataba de una institución dogmatizada y básicamente incapacitada para ofrecer una respuesta y orientación serias y críticas a los problemas y el destino del Ecuador.

Todas estas tendencias y posiciones, por otro lado, reflejan también las específicas condiciones de emergencia y a la vez proletarianización de las capas medias que empezaban a "flotar" en el vacío histórico, como resultado de la recomposición de los grupos dominantes nativos y la afluencia del capital transnacional para radicarse en casi todos los sectores de actividad del país estimulando la monopolización económica.

Como resultado de todo este proceso, la universidad ecuatoriana fue experimentando una serie de cambios. Para empezar, si en 1962, en todo el país habían solamente 9 universidades con 10.830 estudiantes, al empezar 1985, existen 17 universidades y escuelas politécnicas —reconocidas por el Consejo Nacional de Universidades y Escuelas Politécnicas— y más de 300 mil estudiantes. Este crecimiento estudiantil explosivo, responde a las propias condiciones sociales de nuestro país, una población joven y en dinámico crecimiento; a la carencia absoluta de planificación del sistema educativo; a la falta de mecanismos de orientación profesional; a la ausencia de carreras intermedias.

En las condiciones expuestas, inútil negar que muchísimos bachilleres ingresan a la universidad sin suficiente preparación y que, frecuentemente, su primer encuentro no es precisamente con profesores de sólida formación científica y con atributos para despertar el interés y la pasión por el estudio; sino con profesores jóvenes o estudiantes "experimentados" más interesados en buscar adherentes para sus agrupaciones o partidos políticos. Inútil también negar que, en términos generales, la preparación que un profesional recibe en la universidad es una preparación parcial e insuficiente que sólo empieza a completarla y superarla después de obtenido el título.

La universidad frente a las perspectivas de evolución

Hoy, cuando el capitalismo no sólo se ha extendido por todo el mundo sino que ha iniciado su inevitable e irreversible como

progresivo debilitamiento. Hoy, cuando en el Ecuador también el capitalismo se ha vuelto predominante y ha logrado articular a su funcionamiento a determinadas formas precapitalistas de producción; cuando se ha intensificado la dependencia estructural; cuando el proceso económico, en general, se ha vuelto más inestable y, en nuestra opinión, cuando los mecanismos de regulación y de intervención del Estado para tratar de superar la crisis y conjurar los problemas, se han tornado anacrónicos, frecuentemente contradictorios y en gran medida inútiles, arrecian nuevamente no sólo las críticas a la universidad sino las exigencias para que se redefina o transforme.

Y lo cierto es que la universidad ecuatoriana, bajo la actual modalidad de funcionamiento, muestra innumerables vacíos y tensiones. Muchos de sus propios elementos critican su estructura vigente, censuran su masificación, exigen reformas substanciales capaces de ubicarla en una perspectiva de superación. Se reconoce que las universidades están lanzando numerosos contingentes de profesionales a los cuales les resulta cada vez más difícil encontrar ocupación, mientras que, en muchos otros casos, se ofrecen carreras sin correspondencia con las necesidades de la sociedad. Se admite que las elecciones dentro de la universidad frecuentemente traducen un interés mayor por cuestiones políticas partidistas que por una crítica interna que contribuya a una auténtica superación institucional. Se acepta que la organización de la universidad en facultades generalmente autárquicas le resta integración a la vez que genera una innecesaria como costosa duplicación de edificios, bibliotecas, laboratorios, personal docente y administrativo, materiales. Y frente a todos estos y muchísimos otros males, existen profesores, estudiantes, empleados y trabajadores ninguno de los cuales se siente responsable por lo que ocurre en nuestras universidades y, más bien, sencillamente censuran y reclaman una acción correctora, sin especificarla ni considerar, si será o no posible ejecutarla en el contexto de las actuales condiciones no sólo legales sino económicas, gremiales y políticas. Se exacerban así las disidencias dentro de la universidad, conformándose bandos frecuentemente irreducibles.

En el intento de ofrecer algunas reflexiones con relación al qué hacer, parece necesario empezar reconociendo que la universidad ecuatoriana —y creemos que la universidad de cualquier país— no puede y no podrá ir más allá de las limitaciones que le imponga el propio sistema. Absurdo entonces creer que en una sociedad capi-

talista se pueda instalar y funcionar una universidad socialista.

Esto supone, por consiguiente, deslindar posiciones con aquella concepción que considera a la universidad como el centro de la revolución, exigiéndole objetivos imposibles de alcanzar; y, de otra parte, superar el pesimismo de aquella otra concepción que, al definir a la universidad como una institución más del sistema, juzga inútil cualquier proposición sobre las urgentes reformas que deben ser asumidas para superar sus limitaciones y evitar que la educación superior siga disociada de las necesidades del desarrollo y la transformación.

En tal dirección existe una muy amplia conciencia universitaria y nacional sobre la urgente necesidad de cambiar, de hacer algo nuevo; existe una generalizada conciencia sobre que las posibilidades de renovación son aún bastante amplias, siempre que se den las condiciones indispensables para debatir, para examinar, para proponer, para participar.

Las posibilidades de acción renovadora van desde el análisis de la Ley de universidades y escuelas politécnicas; la formulación de un plan de recursos humanos que ofrezca un horizonte de las exigencias de personal calificado que tiene y tendrá el país; el estudio de las extensiones universitarias. En múltiples ocasiones se ha sostenido la conveniencia de examinar la posibilidad de crear universidades orgánicamente integradas y especializadas como por ejemplo, una o varias universidades agrarias, sobre la base de fundir facultades de agronomía y veterinaria que existen en el país, o la creación de uno o varios institutos superiores o universidades de estudios pedagógicos o de ciencias médicas. Esta hipotética forma de organización buscaría elegir o concentrar recursos de todo orden en aquellos campos en los cuales se considere que cada universidad puede y debe ser más eficiente en el desarrollo de su función científica e intelectual. Estas universidades a través de la creación de verdaderas extensiones, contribuirían a elevar el nivel de éstas, haciendo posible una formación y capacitación profesional que tan difícil resulta poder alcanzar en las actuales condiciones. Procediendo así, se ha dicho, podría ser posible también reducir el número excesivo de universidades.

Acciones renovadoras existen también por el lado de favorecer reformas a los estatutos de las universidades existentes para introducir elementos más integradores. Así por ejemplo, no podemos

esperar que se ejecute la tan esperada reforma de la segunda enseñanza o se creen múltiples carreras intermedias para sólo entonces iniciar, dentro de cada universidad, un proceso encaminado a conseguir que el bachiller empiece no sólo superando su falta de preparación y disponiendo de tiempo y posibilidades para descubrir su verdadera vocación profesional, sino también para que mantenga vivos sus intereses por la cultura, la historia, el arte, los ideales humanistas, el conocimiento de los problemas y cambios ocurridos en el mundo y en el país. Esto puede conseguirse a través de la organización de verdaderos y más dilatados cursos preuniversitarios o, mejor aún, mediante la conformación de institutos centrales —conforme se propuso hacerlo en 1960 la Universidad de Brasilia— por donde deban necesariamente transitar los estudiantes antes de ubicarse en las facultades para obtener su profesión.

Es así mismo trascendente avanzar en la incorporación mucho más sistemática y legítima de las actividades de investigación; el desarrollo de los cursos de postgrado; en fin, a través de empezar la discusión de un nuevo modelo estructural de universidad una vez que el actual deja ya mucho que desear, salvo que en los años futuros nuestros institutos de educación superior puedan disponer de recursos en cantidades suficientes para, manteniendo la estructura actual, poder contrarrestar sus facetas más débiles.

Ya en el orden interno de cada universidad, se precisa abrir y sostener condiciones reales para ejercer una sistemática autocrítica respecto al tipo de profesionales que se está formando. Conformar universidades donde se fomente la capacidad de razonamiento de los propios alumnos. Donde se les diga a éstos que lean y que razonen, no solamente que militen, que crean y que actúen siguiendo determinadas consignas. Y esto es tanto más importante si se tiene muy en cuenta que a un nuevo y diferente ordenamiento social no llegaremos jamás como hombres conducidos por la imposición, la propaganda, el paternalismo, la falta de visión cultural.

Necesitamos una universidad donde se formen los especialistas que sepan no solamente su especialización, sino que sean especialistas cultos, amplios, responsables, ajenos al aventurerismo y a la estigmatización. Bien lo dijo García Morente, filósofo y catedrático español: "El especialista, que no es más que especialista, no es ni siquiera especialista"³. La universidad entonces, tiene un ideal más

3 Manuel García Morente: *Escritos Pedagógicos*. Colección Austral 1571. Espasa - Colpe S. A. Madrid, 1975, pág. 47.

amplio; tomar los profesionales capaces de amar a su país y de incorporarse a un modo de vida diferente, solidario, digno; un modo de vida respetuoso de los recursos naturales nacionales y defensor de nuestra independencia. Profesionales capaces de condenar la carrera armamentista y de comprender, respetar y apoyar los procesos renovadores así como el derecho inviolable que le asiste a cualquier país para optar por senderos propios para solucionar sus problemas.

Si se tiene en cuenta que a la universidad ecuatoriana le corresponde buscar nuevas vías para el desarrollo del país, surgen de inmediato varias alternativas de acción. Y es que, en efecto, a nuestras universidades les corresponde examinar y estudiar, con todas las herramientas científicas posibles, los problemas del cambio del sistema y hacerlo, no por ninguna consigna partidista sino porque se trata de una realidad insoslayable. En otras palabras, la universidad no puede ni debe ignorar hechos como que la tercera parte de la población mundial, que vive en un tercio de la superficie del planeta, se desenvuelve bajo el socialismo; por lo mismo, la universidad no puede permanecer de espaldas a la realidad, tiene que examinarla y comprenderla para ayudar a transformarla y así también recrearse y transfigurarse. En esta dirección, a la universidad ecuatoriana le corresponde organizar conferencias, paneles, debates no solamente sobre cultura científica y artística, sino sobre candentes problemas socio-económicos del mundo y del Ecuador.

El Ecuador, como todo país del mundo, no se encuentra a la orilla del proceso histórico. Vivimos una etapa de muy serias dificultades económicas y sociales, de cuestionamiento de viejos valores y principios; de reconocimiento y aproximación de fuerzas nuevas que plantean salidas distintas a la situación actual. Pero, a su vez, vivimos una etapa en la que cada vez se cobra una renovada conciencia respecto a las posibilidades reales que existen de vencer las dificultades. La universidad ecuatoriana tiene que contribuir a que estas posibilidades sean cada vez más reales y cercanas.

De ahí por lo tanto que, en las circunstancias actuales del mundo y del Ecuador, los universitarios nos enfrentamos a un gran desafío: contribuir con nuestro pensamiento y nuestra acción a conformar un modelo de universidad capaz de crear, absorber, procesar, cultivar, dominar, difundir el saber científico, tecnológico y humanístico de nuestro tiempo; apoyar las creaciones culturales nacionales y

auténticas a través, entre otros elementos, de contrarrestar el a veces sutil y otras grotesco adoctrinamiento masivo de la sociedad que se ejerce mediante los medios de comunicación. Pero, nos corresponde también el honroso desafío de investigar las causas profundas de nuestro atraso y de arrojar luz sobre las vías para que el mundo, América Latina y el Ecuador, avancen hacia la conformación de una sociedad autónoma y libre.

En la atención a estos desafíos el papel del profesor de las universidades y escuelas politécnicas es ciertamente vital. Ningún nuevo modelo de universidad podrá ser definido ni ejecutado sin la activa participación de los docentes. Esto implica la necesidad de que el profesor no sólo está preocupado por transmitir sus conocimientos —hecho que por sí nos exige una sistemática actualización y permanente superación pedagógica— sino también su activa participación en la discusión de los problemas del mundo, del país, de la universidad. Cuantas veces nuestro alejamiento de los asuntos universitarios ha terminado por cederles el paso a grupos que luego censuramos y que han buscado autolegitimarse mediante la utilización y la ostentación de radicalismos sonoros y estridentes proclamas. Y sin embargo, cuantas veces tales actitudes sólo han servido para camuflar una visible carencia de conocimientos de lo que se supone el maestro debe enseñar o, lo que es peor, camuflar un comportamiento real destinado a dividir, a confundir y a desgastar trabajos serios, disciplinados, responsables, consagrados al estudio, la investigación, el mejor conocimiento de los problemas ecuatorianos, el análisis de las mejores soluciones que reclama el país.

En la actual etapa de evolución del mundo y de todos nuestros países, de tantas como complejas motivaciones en todos los órdenes, resulta particularmente difícil garantizar estabilidad para ningún proyecto y sin embargo, corresponde insistir y trabajar por la conformación de una universidad que ayude al mejor conocimiento y la transformación, dentro de alternativas que abre su propia evolución económica y social; pero trabajar de una manera lúcida y conciente, como debe ser la actitud de todos los universitarios.

En el Ecuador y desde la honrosa función que desempeñamos en la Universidad Central, aspiramos a hacernos dignos de estos desafíos y esfuerzos.